

Gustave Flaubert

# Salambó



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Salammbô*  
Traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos

Primera edición: 2009  
Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-345-0  
Depósito legal: M. 7.294-2021  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	1. El festín
32	2. En Sicca
60	3. Salambó
70	4. Bajo las murallas de Cartago
93	5. Tanit
113	6. Hannón
139	7. Amílcar Barca
187	8. La batalla del Macar
210	9. En campaña
229	10. La serpiente
245	11. En la tienda
269	12. El acueducto
294	13. Moloch
340	14. El desfiladero del hacha
388	15. Matho



# 1. El festín

Sucedía en Megara, arrabal de Cartago, en los jardines de Amílcar.

Los soldados que éste había capitaneado en Sicilia, celebraban con un gran festín el aniversario de la batalla de Eryx, y como el jefe se hallaba ausente y los soldados eran numerosos, comían y bebían a sus anchas.

Los capitanes, calzados con coturnos de bronce, se habían colocado en el sendero central, bajo un velo de púrpura con franjas doradas que se extendían desde la pared de las cuadras hasta la primera azotea del palacio. La soldadesca se hallaba esparcida a la sombra de los árboles, desde donde se veía una serie de edificios de techumbre plana, lagares, bodegas, almacenes, tahonas y arsenales, con un patio para los elefantes, fosos para las fieras y una cárcel para los esclavos.

En torno a las cocinas se alzaban unas higueras, y un bosquecillo de sicómoros llegaba hasta una verde espe-

sura, donde las granadas resplandecían entre los copos blancos de los algodoueros. Parras cargadas de racimos trepaban por entre el ramaje de los pinos; un vergel de rosas florecía bajo los plátanos; de trecho en trecho, sobre el césped, se balanceaban las azucenas; cubría los senderos una arena negra, mezclada con polvo de coral, y de un extremo a otro, en medio del jardín, la avenida de los cipreses formaba como una doble columnata de obeliscos verdes.

El palacio, construido con mármol núaída de vetas amarillas, elevaba en el fondo, sobre amplios basamentos, sus cuatro pisos y sus azoteas. Con su gran escalinata recta, de madera de ébano, que ostentaba en los ángulos de cada peldaño la proa de una galera enemiga; con sus puertas rojas cuarteladas por una cruz negra; sus verjas de bronce que lo protegían a ras de tierra de los escorpiones, y su enrejado de varillas doradas que cerraban las aberturas superiores, parecía a los soldados, en su severa opulencia, tan impenetrable y solemne como el rostro de Amílcar.

El consejo había elegido la casa de Amílcar para celebrar este festín. Los convalecientes que dormían en el templo de Eschmún se habían puesto en marcha al despuntar la aurora y, ayudándose de sus muletas, se arrastraban hasta el palacio. Afluían sin cesar por todos los senderos, como torrentes que se precipitaban en un lago. Se veía correr entre los árboles a los esclavos de las cocinas, despavoridos y medio desnudos; las gacelas huían gamitando por el césped; el sol declinaba, y el aroma de los limoneros hacía más penetrante aún las emanaciones de aquella multitud sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones: ligures, lusitanos, baleares, negros y fugitivos de Roma. Se oían, junto al pesado dialecto dórico, las sílabas célticas que resallaban como los látigos de los carros de guerra, y las terminaciones jónicas chocaban con las consonantes del desierto, ásperas como gritos de chacal. Se reconocía a los griegos por su talle esbelto, al egipcio por sus hombros altos y al cántabro por sus gruesas pantorrillas. Los soldados carios balanceaban orgullosamente las plumas de su casco; unos arqueros de Capadocia se habían pintado con zumo de hierbas grandes flores en sus cuerpos, y algunos lidios, vestidos de mujer y con zarcillos en las orejas, comían en zapatillas. Otros, que para más gala se habían embadurnado de bermellón, parecían estatuas de coral.

Se tumbaban en los cojines y comían, unos, acurrucados en torno a grandes bandejas, y otros, tendidos de bruces; cogían las tajadas de carne y se hartaban, apoyados en los codos, en esa actitud pacífica de los leones cuando despedazan su presa. Los últimos en llegar, de pie y recostados contra los árboles, contemplaban las mesas bajas, que casi desaparecían bajo los tapices escarlata, y aguardaban su turno.

No siendo suficientes las cocinas de Amílcar, el consejo había enviado esclavos, vajilla y lechos; y en el centro del jardín ardían, como en un campo de batalla cuando se queman los muertos, grandes hogueras en las que se asaban bueyes. Los panes espolvoreados de anís alternaban allí con los enormes quesos más pesados que discos, y las cráteras llenas de vino, con las jarras llenas de agua, hallábanse colocadas junto a unas canastillas de filigra-

nas de oro, rebosantes de flores. La alegría de poder hartarse a su gusto hacía chispear los ojos de todos, y acá y allá comenzaban a entonarse canciones.

Se les sirvió, en primer lugar, aves en salsa verde, en unos platos de arcilla roja, decorada con dibujos negros; luego, papillas de harina de trigo, de habas y de cebada, y caracoles aderezados con comino, servidos en fuentes de ámbar amarillo.

Después las mesas se cubrieron de carne: antílopes con sus cuernos, pavos con sus plumas, carneros enteros guisados con vino dulce, piernas de camello y de búfalo, erizos al *garum*, cigarras fritas y lirones confitados. En unas gamellas de madera de Tamrapanni flotaban, en medio de una espesa salsa de azafrán, grandes trozos de manteca. Todo estaba recargado de salmuera, de trufa y de asafétida. Las pirámides de frutas se desmoronaban sobre los pasteles de miel, y no se habían olvidado algunos de esos perritos panzudos y de pelaje rojizo que se cebaban con orujo de aceitunas, plato cartaginés que abominaban los demás pueblos. La novedad de los manjares excitaba la avidez de los estómagos. Los galos, con sus largos cabellos recogidos en la coronilla, se disputaban las sandías y los limones, que se comían con la corteza. Negros que nunca habían visto langostas de mar, se arañaban la cara con sus púas rojas. En cambio, los griegos, afeitados y más blancos que el mármol, tiraban detrás de sí los desperdicios de su plato, en tanto que los pastores del Brutium, vestidos con piel de lobo, devoraban silenciosamente su ración sin levantar la cabeza del plato.

Iba anocheciendo. Se retiró el *velarium* que cubría la avenida de los cipreses y se trajeron antorchas.



Los vacilantes resplandores del petróleo, que ardía en vasos de púrpura, asustaron a los monjes consagrados a la luna que, encaramados en lo alto de los cedros, alegraban con sus gritos a los soldados.

Llamas oblongas se reflejaban temblonas en las corazas de bronce. Centelleaban en un chisporroteo multicolor los platos con incrustaciones de piedras preciosas. Las cráteras, con bordes de espejuelos convexos, multiplicaban la imagen alargada de los objetos, y los soldados, apiñándose a su alrededor, se miraban embobados en ellas, haciéndose muecas para excitar la risa. Por encima de las mesas se arrojaban los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Bebían a grandes tragos los vinos griegos contenidos en odres, los vinos de Campania guardados en ánforas, los vinos cántabros, que se transportaban en toneles, y los vinos de azufaífo, de cinamomo y de loto. Había charcos de vino en el suelo, muy resbaladizo. El humo de las carnes subía hasta el follaje, mezclado con el vaho de los alientos. Oíanse a un mismo tiempo el crujir de las mandíbulas, el ruido de las palabras, de las canciones y de las copas, el estrépito de los vasos de Campania que se estrellaban contra el suelo saltando en mil pedazos y el sonido argentino de las grandes fuentes de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez iban recordando más vivamente la injusticia de Cartago. La república, en efecto, agotada por la guerra, había dejado que se acumularan en la ciudad todas las bandas de mercenarios que volvían de ella. Giscón, su general, había tenido, sin embargo, la prudencia de ir licenciándolos poco a poco para facilitar el pago de sus haberes, y el consejo

confiaba en que acabarían por transigir con alguna rebaja; pero se veía ya en la imposibilidad de pagarles.

Para la opinión pública esta deuda se enlazaba con los tres mil doscientos talentos euboicos exigidos por Lutatius, y, lo mismo que Roma, los mercenarios eran un enemigo para Cartago. Los mercenarios se daban cuenta de ello, y por eso su indignación estallaba en amenazas y revueltas. Por último, solicitaron reunirse para conmemorar una de sus victorias, y el partido de la paz accedió, vengándose así de Amílcar, que había sido el propulsor de la guerra. Ésta había terminado a despecho de todos los esfuerzos del general, quien, desesperando de lograr nada de Cartago, había entregado a Giscón el mando de los mercenarios. Designar su palacio para reunir a los mercenarios era atraer sobre él algo del odio con que se los miraba. Además, los gastos serían exorbitantes y correrían casi todos a su cargo.

Orgullosos de haber doblegado a la república, los mercenarios creían que al fin iban a volver a sus hogares, con el precio de su sangre en la capucha de su manto. Pero sus penalidades, vistas ahora a través de la embriaguez, les parecían prodigiosas y hartamente recompensadas. Se enseñaban unos a otros sus heridas y hablaban de los combates en que habían tomado parte, de sus viajes y de las cacerías en sus países natales, imitando los gritos, y hasta los saltos, de las fieras. Recordaron después las apuestas inmundas: hundían la cabeza en las ánforas y bebían sin tregua, como dromedarios sedientos. Un lusitano de estatura gigantesca, que llevaba un hombre colgado de cada muñeca, recorría las mesas echando fuego por las narices. Algunos lacedemonios, que no se habían

quitado las corazas, saltaban pesadamente. Unos andaban como mujeres, haciendo gestos obscenos; otros se desnudaban para combatir, en medio de las copas, a la manera de los gladiadores, y un grupo de griegos bailaba alrededor de un vaso, en el que estaban pintadas unas ninfas, al son de un escudo de bronce que golpeaba un negro con un hueso de buey.

De pronto, oyeron un canto quejumbroso, un canto viril y melódico, que ondulaba en el aire como el aleteo de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos en la ergástula. Varios soldados se levantaron de un brinco y corrieron a libertarlos.

Volvieron empujando, en medio de los gritos y del polvo, a unos veinte hombres que contrastaban con los demás por la palidez de sus rostros. Cubría sus cabezas rasuradas un bonete cónico, de fieltro negro; calzaban todos sandalias de madera y hacían un ruido metálico, como chirrido de carros.

Llegaron hasta la avenida de los cipreses, donde se mezclaron con el gentío, que los interrogaba. Uno de ellos se había quedado aparte y de pie. A través de los jirones de su túnica se veían sus hombros surcados por largas cicatrices. Cabizbajo, miraba en torno suyo con desconfianza y entornaba los párpados, deslumbrado por los resplandores de las antorchas. Pero cuando vio que ninguno de los soldados le zahería, dio un profundo suspiro, balbuciendo y sonriendo burlescamente bajo las lágrimas que bañaban su rostro; luego cogió por las asas una cratera llena de vino, la levantó en el aire con sus brazos cargados de cadenas y, mirando al cielo, mientras sostenía aún la copa, exclamó:

—¡Salud a ti primero, Baal-Eschmún, libertador, a quien las gentes de mi patria llaman Esculapio! ¡Y a vosotros, genios de las fuentes, de la luz y de los bosques! ¡Y también a vosotros, dioses que vivís ocultos bajo las montañas y en las cavernas de la tierra! ¡Y a vosotros, hombres fuertes de armaduras relucientes, que me habéis libertado!

Luego dejó caer la copa y contó su historia. Se llamaba Spendius. Los cartagineses le habían hecho prisionero en la batalla de las Eginusas, y como hablaba griego, ligur y púnico, dio nuevamente las gracias a los mercenarios; les besaba las manos y, en fin, les felicitó por el banquete, extrañándose de no ver en las mesas las copas de la legión sagrada. Estas copas, que llevaban una vid de esmeralda en cada una de sus seis caras de oro, pertenecían a una milicia formada exclusivamente por jóvenes patricios, escogidos entre los de más estatura. Era un privilegio, casi un honor sacerdotal, y entre los tesoros de la república era el más codiciado por los mercenarios. Por eso detestaban a la legión, y había quienes arriesgaban su vida por el inconcebible placer de beber en ellas.

Mandaron, pues, que fuesen a buscar las copas. Estaban depositadas en casa de los syssitas, asociaciones de comerciantes que comían en común. Volvieron los esclavos diciendo que a aquella hora todos los syssitas dormían.

—¡Que los despierten! —gritaron los mercenarios.

Después del segundo recado se enteraron de que las copas estaban guardadas en un templo.

—¡Que lo abran! —contestaron.

Y cuando los esclavos, temblando, confesaron que estaban en poder del general Giscón, exclamaron:

—¡Que las traiga!

Giscón apareció en seguida por el fondo del jardín, con una escolta de la legión sagrada. Su amplio manto negro, sujeto a la cabeza por una mitra de oro constelada de piedras preciosas, y que colgaba cubriendo al caballo hasta los cascos, se confundía de lejos con las sombras de la noche. Sólo se veía su barba blanca, el centelleo de su mitra y su triple collar de anchas placas azules que se balanceaban sobre su pecho.

Al verle entrar, los soldados le saludaron con gran entusiasmo, gritando todos:

—¡Las copas, las copas!

Giscón empezó por declarar que las merecían, atendiendo a su valor. La turba aulló de alegría y le aplaudió.

¡Bien lo sabía él, que los había capitaneado en los campos de batalla de Sicilia, y que había vuelto con la última cohorte en la última galera!

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —decían los soldados.

Sin embargo, continuó diciendo Giscón, la república había respetado sus divisiones por pueblos, sus costumbres y sus cultos. ¡Eran libres en Cartago! En cuanto a los vasos de la legión sagrada eran de propiedad particular. De improviso, un galo que se hallaba junto a Spendius saltó por encima de las mesas y corrió hacia Giscón, a quien amenazó esgrimiendo dos espadas.

El general, sin dejar de hablar, le golpeó en la cabeza con su pesado bastón de marfil y el bárbaro cayó al suelo. Los galos rugieron, y su furor, que se comunicaba a los demás, parecía que iba a apoderarse de los legionarios. Giscón se encogió de hombros al ver su furia. Pensó que su valor personal sería inútil contra aquellos bru-

tos exasperados, y que sería preferible vengarse de ellos más tarde por medio de la astucia; dio, pues, una orden a sus soldados y se alejó lentamente. Al llegar al umbral de la puerta, volviéndose hacia los mercenarios, les gritó que se arrepentirían de su acción.

Continuó el festín. Giscón podía volver y, cercando el arrabal, que lindaba con las últimas murallas, aplastarlos despiadadamente. Entonces se sintieron solos, a pesar de su número, y la gran ciudad que dormía a sus pies, en la sombra, les dio miedo, de pronto, con sus amontonamientos de graderías, sus altas casas negras y sus arcanos dioses, más implacables aún que su pueblo. A lo lejos, algunos fanales brillaban en el puerto y había luces en el templo de Khamón. Se acordaron de Amílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué los había abandonado al firmarse la paz? Sus disensiones con el consejo no eran sino una estratagema para perderlos. Su odio insaciable cayó sobre él; le maldecían y se exasperaban unos contra otros enardecidos por su propia cólera. En aquel momento algunos se aglomeraron bajo los plátanos; era para ver a un negro que se retorció por el suelo preso de una convulsión, con las pupilas inmóviles, el cuello torcido y echando espuma por la boca. Alguien gritó que estaba envenenado. Todos creyeron estar envenenados a su vez. Cayeron sobre los esclavos; se elevó un clamoreo espantoso y un vértigo de destrucción se apoderó del ejército ebrio. Daban golpes al azar, a diestro y siniestro, destruían y mataban; unos lanzaron antorchas encendidas en la enramada; otros, apoyándose en la balaustrada de los leones, los mataban a flechazos, y los más atrevidos corrieron al patio de los elefantes para cortarles la trompa y comer la médula de los colmillos.

Entre tanto, los honderos baleares, que, para entregarse al pillaje más tranquilamente, habían dado la vuelta por la esquina del palacio, se vieron detenidos por una alta barrera de bambúes de la India. Cortaron con sus puñales las correas del cerrojo y se encontraron en la fachada que miraba a Cartago, en otro jardín lleno de plantíos artísticamente recortados. Líneas de flores blancas, una tras otra, describían en la tierra azulada largas parábolas, como regueros de estrellas. Los matorrales, envueltos en tinieblas, exhalaban olores cálidos y suaves. Había troncos de árboles embadurnados con cinabrio, que parecían columnas sangrantes. En el centro, doce pedestales de cobre sustentaban grandes bolas de vidrio; rojizas luces fulguraban vagamente en aquellos globos huecos como enormes pupilas palpitantes. Los soldados se alumbraban con antorchas, tropezando a cada paso en los declives del terreno, profundamente cultivado.

De pronto, divisaron un pequeño lago, dividido en varios estanques por paredes de piedras azules. El agua era tan límpida que la luz de las antorchas penetraba hasta el fondo, formado por un lecho de gujarros blancos y polvo de oro. Burbujeó el agua, se deslizaron unas lentejuelas luminosas y grandes peces, que llevaban pedrerías en la boca, aparecieron en la superficie.

Los soldados, riendo a carcajadas, los cogieron por las agallas y se los llevaron a las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos ellos descendían de las primeras lotas que habían puesto el místico huevo en el que se ocultaba la diosa. La idea de cometer un sacrilegio excitó la glotonería de los mercenarios; pusieron inmediatamente al fuego unas vasijas de bronce y

se divertieron viendo cómo los hermosos peces se retor-  
cían en el agua hirviendo.

La marejada de la soldadesca se encrespaba. Ya habían perdido el miedo, y comenzaron a beber. Los perfumes que bañaban su frentes les caían humedeciendo con gruesas gotas sus túnicas hechas jirones, y acodados sobre las mesas, que parecían oscilar como navíos, paseaban alrededor sus ojos de borracho para devorar con la vista lo que no estaba al alcance de su mano. Había quienes, andando entre los platos por encima de los manteles de púrpura, rompían a puntapiés los escabeles de marfil y los frascos tirios de cristal. Las canciones se mezclaban al estertor de los esclavos agonizantes entre las copas rotas. Pedían vino, carne, oro. Querían mujeres. Deliraban en cien idiomas distintos. Algunos creían hallarse en los baños, a causa del vaho que flotaba en torno a ellos, o bien, al ver el follaje, imaginaban estar de caza y corrían detrás de sus compañeros como en pos de animales selváticos. El incendio se propagaba de un árbol a otro, y los altos maticos de verdor, de los que salían largas espirales blancas, parecían volcanes que comenzaran a humear. El clamor redoblaba; los leones heridos rugían en lo oscuro.

De repente se iluminó la terraza más alta del palacio, se abrió la puerta central, y una mujer, la misma hija de Amílcar, vestida de negro, apareció en el umbral. Bajó la primera escalera que atravesaba oblicuamente el primer piso, luego la segunda y la tercera, y se detuvo en la última terraza, en lo alto de la escalinata de las galeras. Inmóvil y con la cabeza baja, contempló a los soldados.

Detrás de ella, y a cada lado, había dos largas filas de hombres pálidos, vestidos de túnicas blancas con franjas



rojas que caían rectas sobre sus pies. No tenían barba, ni cabello, ni cejas. En sus manos, deslumbrantes de anillos, llevaban enormes liras, y todos cantaban con voz aguda un himno a la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, a quienes Salmóbó llamaba con frecuencia a su casa.

Al fin, bajó la escalinata de las galerías. Los sacerdotes la siguieron. Avanzó por la avenida de los cipreses y anduvo lentamente por entre las mesas de los capitanes, que retrocedían un poco al verla pasar.

Su cabellera, empolvada con finísima arena de color violeta y peinada en forma de torre, a la usanza de las vírgenes cananeas, le hacía parecer más alta de lo que era. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes caían hasta las comisuras de su boca, roja como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un collar de piedras luminosas, que imitaba por la variedad de sus colores las escamas de una lamprea. Sus brazos, adornados de diamantes, salían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores rojas sobre fondo negro. Anudada a los tobillos llevaba una cadenilla de oro para regular su paso, y su gran manto de púrpura oscura, cortado de una tela desconocida, arrastraba colgante, pareciendo a cada paso una gran ola que la seguía.

De vez en cuando los sacerdotes pulsaban sus liras, arrancándoles acordes casi imperceptibles, y en los intervalos se oía el tintineo de la cadenita de oro con el chasquido acompasado de sus sandalias de papiro.

Nadie la conocía. Únicamente se sabía que hacía una vida retirada, entregada a prácticas piadosas. Algunos soldados la habían visto de noche, en lo alto del palacio,

arrodillada ante las estrellas, entre los remolinos de los pebeteros encendidos. Era la luna la que la había vuelto tan pálida y algo de la esencia divina la envolvía como un velo sutil. Sus pupilas parecían mirar a lo lejos, más allá de los espacios terrestres. Caminaba con la cabeza inclinada y llevaba en su mano derecha una lira de ébano.

Los soldados la oyeron murmurar:

—¡Muertos! ¡Todos muertos! ¡Ya no vendréis obedientes a mi voz cuando, sentada al borde del lago, os echaba en la boca pepitas de sandías! El misterio de Tanit alentaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que la linfa de los ríos —y llamaba a los peces por sus nombres, que eran los nombres de los meses—: ¡Siv! ¡Sivan! ¡Tamuz! ¡Elul! ¡Tischri! ¡Schebar! ¡Oh, ten piedad de mí, diosa!

Los soldados, sin comprender lo que decía, se agrupaban a su alrededor, contemplaban embelesados sus adornos; pero ella los miró a todos con espanto, y luego, extendiendo los brazos y hundiendo la cabeza entre los hombros, repitió varias veces:

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? ¡Teníais, para divertirlos, pan, carne, aceite y todo el malobrado de los graneros! ¡Ordené que os trajeran bueyes de Hecatómpila y envié cazadores al desierto! —y su voz subía de tono, se le enrojecían las mejillas y añadió—: ¿Dónde creéis estar? ¿En una ciudad conquistada o en el palacio de un jefe? ¡Y qué jefe! ¡El sufeta Amílcar, mi padre, servidor de los Baals! Vuestras armas, rojas por la sangre de sus esclavos, son las que él ha arrebatado a Lutacio. ¿Conocéis a alguien en vuestros países que sepa dirigir mejor las batallas? ¡Ved en los peldaños de nuestro palacio los trofeos de las victorias! ¡Seguid incendiándolo todo!

¡Quemadlo! Me llevaré conmigo el genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allá arriba, sobre hojas de loto. Silbaré y me seguirá; y, si me embarco en mi galera, correrá sobre la estela de mi navío, entre la espuma de las olas.

Palpitaban las delicadas aletas de su fina nariz. Aplastaba sus uñas contra la pedrería que le adornaba el pecho. Al languidecer sus ojos, añadió:

—¡Ah, infeliz Cartago! ¡Desdichada ciudad! Ya no tienes para defenderte aquellos hombres fuertes de antaño que iban más allá de los océanos para edificar templos en sus costas. Todos los países trabajaban para ti, y las llanuras del mar, aradas por tus remos, balanceaban tus cosechas.

La joven comenzó a cantar las aventuras de Melkart, dios de los sidonios y padre de su familia.

Narraba la ascensión a las montañas de Ersifonia, el viaje a Tartessos y la lucha con Masisabal para vengar a la reina de las serpientes, y dijo:

—Perseguía en el bosque al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas secas como un arroyo de plata, y llegó a una pradera donde unas mujeres, de grupa de dragón, estaban reunidas en torno a una gran hoguera, erguidas sobre sus colas. La luna, de color de sangre, resplandecía en un círculo lívido, y sus lenguas de color escarlata, hendidas como arpones de pescadores, se alargaban encorvándose hasta el borde mismo de la llama.

Después Salambó, sin detenerse, relató cómo Melkart, después de haber venido a Masisabal, puso en la proa de la nave su cabeza cortada.

—A cada oleada la cabeza se sumergía bajo la espuma. Pero el sol la embalsamaba, haciéndola más dura que el oro; sin embargo, los ojos no cesaban de llorar y las lágrimas caían continuamente en el agua.

Cantaba todo esto en un antiguo idioma cananeo, que no entendían los bárbaros. Se preguntaban qué podía decirles con aquellos ademanes espantosos con que subrayaba sus palabras; y subidos, en torno a ella, sobre las mesas, en los lechos y en las ramas de los sicómoros, con la boca abierta y alargando el cuello, trataban de comprender aquellas vagas historias que surgían ante su imaginación, a través de la oscuridad de las teogonías, como fantasmas en las nubes.

Sólo los sacerdotes lampiños comprendían a Salambó. Temblaban sus manos rugosas, que pendían sobre las cuerdas de las liras, y a las que de cuando en cuando arrancaban un lúgubre acorde; pues, débiles como mujeres, temblaban a la vez de emoción mística y del miedo que les inspiraban los hombres. Los bárbaros ni se preocupaban de ellos; sólo atendían a la virgen que cantaba.

Nadie la contemplaba con tanta avidez como un joven jefe nómada, que estaba en la mesa de los capitanes, entre los soldados de su país. Su cinturón estaba tan erizado de dardos que ahuecaban su holgado manto, anudado en las sienes por un lazo de cuero. La tela flotaba sobre sus hombros, ensombrecía su rostro, del que sólo se percibían las llamas de sus dos ojos fijos.

Se encontraba en el festín por casualidad. Por orden de su padre vivía con los Barca, según la costumbre de los reyes que enviaban a sus hijos a las casas de las familias importantes para preparar alianzas; pero hacía seis meses que

Narr-Havas se alojaba allí y aún no había visto a Salambó. Sentado en cuclillas y con la barba tocando las astas de sus jabalinas, la contemplaba dilatando las ventanas de la nariz como un leopardo agazapado entre los bambúes.

Al otro lado de las mesas se hallaba un libio de estatura colosal y de cabellos negros, cortos y rizados. Vestía únicamente un sayo militar, cuyas láminas de bronce desgarraban la púrpura del lecho. Un collar con una luna de plata se enredaba entre el vello de su pecho. Salpicaduras de sangre manchaban su rostro y, apoyado en el codo izquierdo, con la boca muy abierta, sonreía.

Salambó no cantaba ya conforme al ritmo sagrado. Empleaba simultáneamente todos los idiomas de los bárbaros, ardid femenino con el que esperaba calmar su cólera. A los griegos les hablaba en griego; luego se dirigía a los ligures, a los campanios, a los negros, y todos, al escucharla, hallaban en su voz la dulce remembranza de su patria. Embargada por los recuerdos de Cartago, cantaba ahora las antiguas batallas contra Roma, y ellos aplaudían. Se enardecía al brillo de las espadas desnudas y gritaba con los brazos abiertos. Cayó su lira al suelo y enmudeció; y, oprimiendo su corazón con ambas manos, permaneció unos momentos con los párpados cerrados, saboreando el entusiasmo de aquellos hombres.

El libio Matho se inclinaba hacia ella. Involuntariamente, la joven se acercó a él, e impulsada por el reconocimiento de su orgullo, escanció en una copa de oro un buen chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

—¡Bebe! —le dijo Salambó.

Cogió Matho la copa, y ya se disponía a llevársela a los labios, cuando un galo, el mismo a quien Giscón había